



LA NIÑA DEL 38



*Marisol Jara Madrigal

CUENTO

Había una vez, en un rincón verde y polvoriento llamado Piedades de Barbacoas, una niña que nació un 8 de diciembre, cuando el calendario marcaba 1938 y las campanas celebraban la Inmaculada Concepción. Por eso, desde el primer día, todos dijeron que venía bendita.

Tenía el cabello del color del fuego suave, mejillas como manzanas maduras y una piel tan blanca que parecía hecha de leche. Fue el orgullo de su casa, sobre todo de su padre, que la cargaba como si llevara entre los brazos el tesoro más frágil del mundo.

Pero aquellos eran tiempos duros. En las casas campesinas faltaba el pan, sobraba el trabajo y los sueños se guardaban en silencio. Aun así, la niña del 38 aprendió pronto que la honradez y el esfuerzo podían sostener un corazón, incluso cuando el estómago estaba vacío.

Por eso pasó parte de su niñez con su mamita, la abuela materna, una mujer pequeña y fuerte que olía a leña y culantro. Con ella aprendió a barrer, lavar, hacer mandados y arrancar hierbas del monte para

el arroz guacho. Era la nieta más querida, y también la más envidiada. Sus primos la empujaban de la hamaca o la tiraban dentro de barriles, pero ella reía, pellizcaba de vuelta y madrugaba para quitarles los jocotes antes de que despertaran.

Un día, al ir por culantro, regresó con chicoria. La abuela la mandó de nuevo, y la niña, con el ceño fruncido y el corazón ofendido, decidió que ya no quería estar allí. Poco después, la mamita murió. Desde entonces, la niña subía al montículo de tierra donde descansaba y le decía en voz baja:

—Arre, arre, mamita—

como si todavía pudieran jugar juntas.

Nunca fue a la escuela. En su lugar, aprendió a cargar agua del “agua libre”, a lavar mantillas y a cuidar hermanitos. Así se le fue la infancia, entre responsabilidades y silencios.

Cuando la guerra llegó en 1948, también se llevó la tranquilidad. Su padre huyó una noche oscura, y la familia terminó lejos, en Jicaral, junto al mar. Allí había un poco

*Máster en Psicóloga Clínica y Gerontóloga. Caja Costarricense de Seguro Social. Hospital Nacional de Salud Mental. Servicio de Psicología Clínica. Email. jaramary@hotmail.com



más de comida, pero menos ternura. A los diecisiete años quisieron decidir su destino casándola con un hombre que ya traía seis hijos a cuestas. Ella se plantó firme, como árbol joven, y dijo que no.

Un día, enferma y cansada de golpes que no siempre eran visibles, tomó la decisión más valiente de su vida. Miró a su padre y dijo:

—Papá, yo no me devuelvo a su casa.

Y se fue.

San José no la recibió con los brazos abiertos. La ciudad fue dura: hambre, humillaciones, soledad. No sabía leer ni escribir, hasta que una voz sencilla le dijo un día:

—Vaya a estudiar.

Y esa frase le cambió el destino.

De noche, con sueño y miedo, aprendió las letras, terminó la escuela y consiguió trabajo en un hospital. Vestida de blanco, ayudando a otros, sintió que por fin se parecía a la niña que había soñado ser.

El rencor nunca la acompañó. Aunque su padre le cerró puertas, ella abrió las suyas y enviaba lo poco que tenía a su familia. Con el tiempo, volvió el abrazo, volvió la madre, volvieron los hermanos.

Luego llegaron las hijas, la casa propia, el cansancio y también la alegría. Amó, perdió, siguió adelante. Crió a sus hijas con el mismo sacrificio con el que fue criada, pero con más ternura, siempre de la mano de Dios.

Hoy, cuando el tiempo ya ha peinado su vida de canas, la niña del 38 mira atrás y sonríe. Ve hijas profesionales, nietos felices y una historia que valió la pena ser vivida.

Y así, en silencio, como empiezan las grandes historias, vivió la niña del 38: una mujer hecha de lucha, amor y fe.

